

Israel y Hamás simulan un acuerdo

JESÚS A. NÚÑEZ VILLAVERDE

No es un acuerdo de paz, algo que solo se puede alcanzar si primero se produce el final de una ocupación territorial que simplemente no está en la agenda. No es tampoco un acuerdo para el fin permanente de la violencia. Es, apenas, si finalmente Benjamín Netanyahu logra domeñar a sus ministros más extremistas, un cese provisional de los choques armados en Gaza (como si Cisjordania fuera un lugar de paz). Por supuesto, se entiende la espontánea explosión de alegría registrada en la Franja tras el anuncio, si se considera que, en el mejor de los casos, el pacto puede salvar algunas vidas. Pero si se dejan de lado las emociones, el contenido de lo acordado dibuja un panorama mucho menos optimista.

Por un lado, Hamás ha llegado a este punto como consecuencia de su extrema debilidad política y militar. De hecho, hace meses que sus líderes se habían mostrado dispuestos a aceptar lo que Joe Biden anunció ya en mayo del pasado año (que, en esencia, es lo que ahora se ha firmado), conscientes de que no estaban logrando ninguno de los objetivos que se habían planteado el 7 de octubre de 2023 —sobre todo, provocar una reacción internacional para resolver el conflicto con Israel— y de que los palestinos comenzaban a mostrarse muy críticos con sus acciones ante la masacre que Israel estaba desencadenando contra ellos. De ahí se deduce que lo que busca el Movimiento de Resistencia Islámica es ganar tiempo para recuperarse y revertir las críticas en su contra con la liberación de unos centenares de prisioneros en manos israelíes.

Pero de lo que no puede caber duda alguna es de que Hamás hará todo lo posible para volver a las andadas, recabando los apoyos externos que pueda (Irán) y alistando en sus filas, aunque solo sea por deseo de venganza, a muchos de los supervivientes de lo que el Tribunal Internacional de Justicia está investigando como potencial genocidio. Hay que dar por descontado, en consecuencia, que la resistencia armada continuará, mientras la Autoridad Palestina profundiza su camino hacia la irrelevancia.

Por su parte, solo cabe imaginar que Netanyahu —centrado sobre todo en mantener su poder para escapar de la acción de la justicia, lo que implica evitar la ruptura de la coalición gubernamental y la convocatoria de nuevas elecciones— ha aceptado finalmente el pacto por tres razones principales. La primera supone asumir que —como ya era bien sabido desde el principio— no es posible eliminar totalmente a Hamás por vía militar. En términos realistas, lo máximo que cabía lograr con el uso irrestricto de su maquinaria militar era reducir significativamente su capacidad operativa. Y ahora, ocho meses después de hacer caso omiso al plan de Biden y con decenas de miles de muertes inocentes más a sus espaldas, Netan-

Netanyahu sabe que sigue teniendo manos libres para reemprender la campaña militar cuando lo desee

yahu considera que ya ha logrado desactivar la amenaza de Hamás por unos cuantos años. Cuenta con que eso le permitirá concentrar el castigo en Cisjordania, Siria y más allá.

La segunda razón tiene nombre propio: Donald Trump. Las primeras reacciones tienden a presentar equivocadamente el acuerdo como el resultado de un ultimátum del próximo inquilino de la Casa Blan-

ca, que ahora Netanyahu debe hacer tragar a Smotrich y a Ben Gvir. Por el contrario, cabe entender que el primer ministro israelí ha logrado el compromiso del mandatario estadounidense en asuntos que le puedan servir para vencer la resistencia que esos personajes puedan presentar para rechazar el acuerdo. El primero de ellos es la bendición de Washington a la anexión definitiva de Cisjordania, aspiración declarada reiteradamente por el Gobierno más extremista de la historia de Israel, poniendo así fin al sueño palestino de contar con un Estado propio. Y a eso se añade la confluencia de esfuerzos para eliminar la amenaza que Irán representa para la seguridad israelí, contando con que Trump tiene ese objetivo en su propia lista y que las acciones conjuntas que ya están realizando ambos países contra Yemen se parecen cada vez más a un ensayo general para lo que se avecina.

Por último, a la vista de la literalidad de lo acordado en Doha, Netanyahu sabe que sigue teniendo las manos libres para reemprender la campaña militar cuando lo desee. De momento, calcula que recobrará cierta popularidad por la liberación del centenar de prisioneros que Hamás todavía tiene en sus manos, a cambio de unos cuantos prisioneros, sin que eso le impida seguir deteniendo a todos los que quiera. Así, haciendo de paso un favor a Trump para que refuerce su imagen de mandatario ejecutivo, logra la eliminación de las (irrelevantes) sanciones que Biden ha aprobado contra algunos colonos. A partir de ahí, la retirada de los corredores Fildelfia y Netzarim, la entrada de ayuda humanitaria y el permiso para el regreso de los desplazados son cuestiones que quedan a merced de su voluntad, sin que nadie (ni Hamás, ni la ONU ni EE UU) esté en condiciones de responder ante sus previsibles incumplimientos. De la completa retirada militar de la Franja y de su reconstrucción, señalados como temas a negociar posteriormente, mejor ni hablamos.

Jesús A. Núñez Villaverde es codirector del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH).

RIKI BLANCO



JOSÉ ANDRÉS ROJO

El mundo como esperpento

El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada”, le dice Max Estrella a Don Latino. En la frase anterior había definido su mirada: “Los héroes clásicos, reflejados en los espejos cóncavos, dan el Esperpento”. Un nuevo montaje de *Luces de bohemia*, de Ramón María del Valle-Inclán, se pudo ver en Madrid hasta diciembre en el Teatro Español. Y todavía puede visitarse la exposición *Esperpento* en el Reina Sofía, en la que a partir del concepto de Valle se explora la relación que se dio entre el arte popular y la revolución estética en España a lo largo del primer tercio del siglo pasado. Max Estrella insistía en la deslumbrante pieza de Valle y le decía a su amigo: “España es una

deformación grotesca de la civilización europea”. A la manera de quienes pertenecían a la generación del 98, Valle seguía dándole vueltas a la señas de identidad de este país, y de nuevo aparecía el desgarrado de considerarlo distinto al resto de los países europeos.

Y ahora, ¿qué ocurre un siglo después? Viendo las chuscas maneras de los políticos, enredados siempre en el manejo de la hipérbole para descalificar a sus adversarios, y observando las desesperadas maniobras a las que se ven obligados los jóvenes para encontrar una casa en la que vivir, es fácil pensar que España sigue siendo una grotesca deformación de cualquier Estado que se quiera decente. En el Reina Sofía, de todas formas, se exhiben también algunos dibujos que hizo George Grosz por aquellos

años, y sus militarotes y banqueros dan una idea de la Alemania de entonces que no está lejos del esperpento. Será que el esperpento no solo sirve para atrapar el sentido trágico de la vida española, sino para pulsar también lo que sucede en todas partes. Seguro que si Estados Unidos se mirara hoy en los espejos del callejón del Gato lo que iba a encontrar ahí es a Donald Trump.

En la época de *Luces de bohemia*, España no era una excepción, por mucho que insistieran los del 98. En el Reina Sofía late la vitalidad de una sociedad por la que pululaban los artistas e intelectuales de tres generaciones —también la del 14 y la del 27— y es posible admirar la riqueza de una cultura a la que han calificado como la de la edad de plata (poco después llegó la dictadura de Franco, con unos militarotes como los de George Grosz, para barrer aquel esplendor y empujarlo a la cuneta).

De la mano del esperpento Valle supo iluminar las zonas sombrías y las vidas frágiles que también existieron en esos tiempos de cambios vertiginosos y de exaltación

de la modernidad (a pesar de la dictadura de Primo de Rivera). El propio Valle era en sí mismo un polvorín de contradicciones. En 1931, no consiguió el acta de diputado en las listas del Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux, y aceptó ser Caballero de la Orden de la Legitimidad Proscrita, lo que reforzaba sus convicciones carlistas; durante un viaje a Roma dijo que el fascio no era “una partida de la porra como generalmente creen en España los radical-imbecíloides, ni un régimen de extrema derecha”, sino “un afán imperial de universalidad en su más vertical y horizontal sentido ecuménico”, y estaba encantado de presidir la Asociación de Amigos de la Unión Soviética. Al cumplir los 30 perdió un brazo tras ser herido en una disputa en un café. Cuenta que en aquella tristeza, quiso escuchar los latidos de su corazón y dejar que hablasen todos sus sentidos: “Con el rumor de sus voces hice mi Estética”, escribió en *La lámpara maravillosa*. El esperpento, una vía también útil hoy para entender este mundo revuelto.